

escribiendo... Begoña Oro

1

CROQUETAS Y WASAPS



Primera edición: abril de 2013
Sexta edición: agosto de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña y Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Ilustraciones de interior: Ricardo Cavolo

© del texto: Begoña Oro Pradera, 2013
© de las ilustraciones: Ricardo Cavolo, 2013
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9351-8
Depósito legal: M-14539-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

¿Te has preguntado alguna vez qué quedará de ti cuando ya no estés?

Cuando murió, el padre de Unai dejó una consulta vacía con su nombre en la puerta, dos niños que ya no serían futbolistas y un misterio por resolver.

Cuando murió mi abuela, dejó un cuadro de unos pájaros a medio pintar, tres personas tristes y trece croquetas congeladas.

De lo del cuadro nos dimos cuenta enseguida. Llegamos del tanatorio y ahí estaba, sobre la mesa: el dibujo con los bordes de terciopelo negro que estaba coloreando. Encima, la caja de rotuladores. Fuera de la caja, un rotulador, el verde oscuro, destapado. Recuerdo que mi madre se acercó a la mesa, cogió el capuchón con una mano, el rotulador con la otra y lo tapó. El «clap» resonó en la habitación como la tapa de un ataúd que se cierra para siempre. Luego, el abuelo le quitó a mi madre el rotulador de las manos, lo colocó con mucho cuidado en el hueco de la caja que le correspondía, recogió la lámina, se la puso bajo el brazo y decidió que, desde ese momento, ese sería su nuevo hogar. Y mi abuelo empezó a pasearse por la vida con un dibujo a medio acabar como si fuera un termómetro.

Lo de las croquetas tardamos un tiempo en descubrirlo, y lo de la tristeza... Bueno, la tristeza fue posándose poco a poco, como una lluvia fina de esas que te van calando. Porque hay cosas de las que uno no se da cuenta hasta que pasa un tiempo. Son como esos mensajes que te llegan al wasap, y tú no te enteras, y se quedan ahí, esperando a ser leídos, con un mustio y solitario *check* verde. Hasta que te das cuenta.

Así estuve yo durante bastante tiempo, sin darme cuenta de que tenía un mensaje bien gordo delante, y el mensaje decía: «Clara, estás haciendo el imbécil».

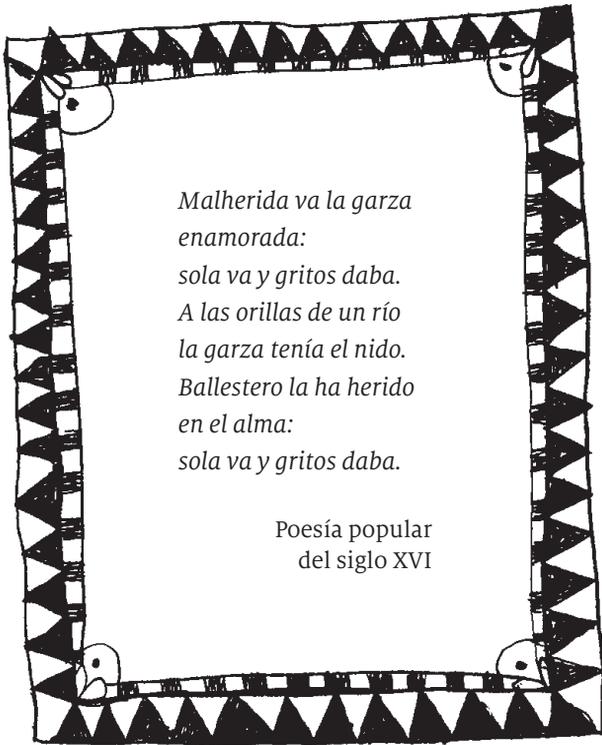
Por eso escribo esta historia. Te cuento todo esto por si eres tan imbécil como lo fui yo. Por si te estás quedando al borde de la piscina cuando podrías tirarte de cabeza, cuando, de hecho, todo tu cuerpo te grita que te tires; pero tú, en vez de extender los brazos sobre la cabeza, te quedas a mitad de camino y te tapas las orejas con las manos.

Si no es así, te felicito. En ese caso, tómate esto como una vacuna. Nunca se sabe si la vas a necesitar.

Pero deja que te lo cuente desde el principio. Deja que te presente a la imbécil que fui yo y a un chico llamado Lucas...

Érase una vez...

PARTE PRIMERA
MALHERIDA



*Malherida va la garza
enamorada:
sola va y gritos daba.
A las orillas de un río
la garza tenía el nido.
Balletero la ha herido
en el alma:
sola va y gritos daba.*

Poesía popular
del siglo XVI

Al principio de esta historia hay una chica (yo) llamada Clara Luján Garza y un chico llamado Lucas Falcón. Al principio de esta historia, Clara es imbecil. Lucas...

Lucas se ha quedado justo detrás de la palabra «imbecil», pero Lucas no es imbecil. Lucas es... No, no, no. Intento describirlo y en mi cabeza aparece su cara y veo a cámara lenta cómo estira la comisura de los labios y ya está a punto de hacerlo otra vez y...

Lo hizo. Sonrió.

Lucas tiene una sonrisa desarmante.

Y algo más tendrá, sí. Pero cuando sonrío, eso es lo único que puedes ver: su sonrisa. NADA MÁS. Porque la sonrisa de Lucas es como una bomba, un arma defensiva que tiene un efecto inmediato: desarmar al enemigo.

Así que voy a neutralizar ahora mismo la imagen de Lucas en mi cabeza. Voy a teparle la boca con mi mano...

No, eso no es buena idea. Estoy sintiendo los labios de Lucas en la palma de mi mano, el calor de su aliento sobre el callo que me hizo la raqueta, la aspereza de esos tres pelos que le crecen en la mejilla, el aire que sale de su nariz sobre mi dedo índice, mi meñique rozando el hoyuelo de su barbilla, ese cálido aire otra vez... Así tampoco puedo concentrarme.

No, voy a ponerle una mascarilla en la boca. Ya.

Y voy a contarte cómo es.

Lucas tiene un pelo precioso, negro, brillante. Lucas tiene unos ojos... Lucas, no vale, otra vez estás sonriendo. Lo veo en tus ojos, en tus pómulos, aunque la mascarilla te tape la boca. Lucas también sonrío con los ojos, que son marrones tirando a verdes, o verdes tirando a marrones, según el día. Lucas tiene dos orejas...

Mira, te lo resumiré en tres palabras: Lucas es guapo. Y LO SABE. No hace falta escribírselo en verde fosforito en una pared.

Lo que no sabe Lucas es estarse quieto. Cuando no mueve el pie frenéticamente, dibuja garabatos en un papel, y cuando no dibuja garabatos en un papel, hace malabarismos con el boli sobre los nudillos. Lucas practica todos los deportes olímpicos y alguno que aún no han admitido en las olimpiadas. Lucas es un chico de acción.

Es difícil decir cómo es Lucas porque parece un poco enigmático. A Lucas a menudo hay que adivinarlo. Eso es algo que me atrajo a él sin remedio. Cuando se me presenta una adivinanza, tengo que resolverla. No puedo con los cabos sueltos.

Pero así, como un cabo suelto, había quedado la última frase que me había dicho Lucas: «No estoy preparado para... para... para...».

¿Para qué no estás preparado, Lucas? ¿Para quererme?

Se ve que quererme a mí requiere preparación. Pero querer a Lucas es diferente.

Querer a Lucas es fácil. Lucas es guapo y tiene una sonrisa desarmante. Lucas es como un paquete de chicles en la caja de un hipermercado.

Lo ves y lo quieres. Así, sin preparación.